



Rodríguez Bustamante, Norberto



Alejandro Korn: Pensamiento filosófico y militancia política

Revista de Filosofía y Teoría Política

1986, no. 26-27, p. 59-63

Este documento está disponible para su consulta y descarga en [Memoria Académica](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar), el repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata**, que procura la reunión, el registro, la difusión y la preservación de la producción científico-académica editada e inédita de los miembros de su comunidad académica. Para más información, visite el sitio

www.memoria.fahce.unlp.edu.ar

Esta iniciativa está a cargo de BIBHUMA, la Biblioteca de la Facultad, que lleva adelante las tareas de gestión y coordinación para la concreción de los objetivos planteados. Para más información, visite el sitio

www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar

Cita sugerida:

Rodríguez Bustamante, N. (1986) Alejandro Korn: Pensamiento filosófico y militancia política. *Revista de Filosofía y Teoría Política* (26-27), 59-63. *Actas del V Congreso Nacional de Filosofía. En Memoria Académica. Disponible en:*

http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.1269/pr.1269.pdf

Licenciamiento

Esta obra está bajo una licencia Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina de Creative Commons.

Para ver una copia breve de esta licencia, visite

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>.

Para ver la licencia completa en código legal, visite

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/legalcode>.

O envíe una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbott Way, Stanford, California 94305, USA.

Alejandro Korn: pensamiento filosófico y militancia política.

Norberto Rodríguez Bustamante

I. Korn en el contexto filosófico de la Argentina y América Latina.

En la filosofía contemporánea en la Argentina, la personalidad de Alejandro Korn se yergue a modo de hito divisorio entre dos épocas. La primera, que hunde sus raíces en la colonia y se prolonga en el tiempo hasta fines del siglo XIX: de trasplante, de reflejo de adopciones y adaptaciones del pensamiento europeo; la segunda, que con él se inicia, de cultivo deliberado de la filosofía, convertida en profesión, incipiente al comienzo, y vigorosa, hasta donde puede serlo en estas tierras, después, con la organización de los estudios y el respaldo de la Universidad, entendida la filosofía como faena que constituye dedicación a la que ha de consagrarse una vida. Korn se sitúa en la crítica del positivismo —punto de arranque de buena parte de la filosofía actual, en Europa y América— aunque, paradójicamente, en la búsqueda de su logro más consecuente, por la acentuación de aquella actitud de acatamiento a los datos primarios de la experiencia humana. Advirtió que ella no se reduce a la mera objetividad de los hechos sensibles, de la observación externa que abarca al par que los datos perceptivos, el de los significados, cuanto la organización temporal de lo vivido en el módulo intransferible y único de la personalidad situada en un contexto socio-cultural que signa sus modalidades relevantes con las configuraciones de una época.

No obstante sentar como postulado el rechazo del realismo ingenuo, Korn subraya que lo real se nos da siempre en la conciencia y desde ella, pero no circunscribió su reflexión al análisis del yo. Comprendió el lado convivencial e histórico, individual y social a la vez, de la existencia del hombre, y se abrió con fuerza y apetencia ética a los problemas del sujeto encarnado, que tiene que ocupar su puesto, en la contienda.

En América Latina, junto a Carlos Vaz Ferreira, a Enrique Varone, a Enrique Molina, a Alejandro *De Ustua* y algunos otros, pertenece a la generación de los fundadores

de una vocación filosófica, incorporada a la realización de sus destinos. Sin ellos, nosotros no hubiéramos podido asumirnos en cuanto sujetos filosofantes. Esos hombres señeros supieron ponerse en camino, desbrozar mucha maleza y dar testimonio con su ejemplo, de nuestra necesidad de crecer en la rara dimensión del mundo de las ideas, orientados en la definición de nuestros países, al margen del azar de su puesto en la división internacional del trabajo, o de las vicisitudes de sus balanzas de pago, aspiraron en los severos términos de Korn —y si ello resultaba posible— a que fuéramos, “una unidad y no un cero dentro de la cultura universal”.

II. La trayectoria de una vida.

Los datos de esta vida intensa se contienen en el escueto ordenamiento de su inserción en los marcos de nuestra comunidad. No hay en ella episodios notables. Cada uno de sus pasos se integra con los otros y carece de la ruidosa y notoria trascendencia que suele acompañar a otras vidas.

Su única pasión sin mengua, fue la del afán filosófico; gracias a él, a su reciedumbre criolla, la filosofía tuvo una dimensión académica que no acarreó desmedro de su significación vital. Como su causticidad e ironía se enfrentó a un ambiente indiferente, chato, en un país preocupado a tal punto por la manía de hacer cosas útiles, que la utilidad del pensar filosófico se le escapaba, decretando su inanidad frente a los problemas concretos y cuestionando, a la vez, el derecho al cultivo de las humanidades. Las vacas y el trigo, en una falsa contraposición con el saber de lo humano en la dimensión de la historia, de la literatura, de la filosofía, o de la investigación científica, cual si ello fuera de poca monta, mero adorno del que la existencia burguesa pudiera prescindir.

Los padres de Korn se vinculan con una generación de emigrantes de la Europa del período de la restauración, llegados a América por motivos ideológicos y muy anticipados al impacto masivo del proceso inmigratorio, a partir de 1880.

Alejandro Korn nació en San Vicente, provincia de Buenos Aires, el 3 de mayo de 1860. Su padre, un alemán de ideas liberales, exiliado por razones políticas; su madre de origen suizo; muy joven se recibió de médico. Orientado hacia el campo de la medicina legal, cultiva la psiquiatría y llega a ser Director del Hospital de Alienados “Melchor Romero”. Allí pasa buen número de años. En los informes sobre la marcha del establecimiento a su cargo, ya se contienen atisbos de una humanidad profunda y de sus lecturas continuas.

Accede a la filosofía por la vía ardua del que deriva a ella en aras de la solución de dudas, de incertidumbre, de problemas para los que la propia especialidad no tenía respuesta.

La carrera docente de Korn, es tardía; se inicia a los 46 años como Profesor suplente de Historia de la Filosofía en la Universidad de Buenos Aires, en la cátedra entonces a cargo de Wilhem Keiper, miembro de un grupo de profesores alemanes incorporados a la vida argentina por iniciativa de Joaquín V. González, al disponer la creación del Instituto Nacional del Profesorado Secundario. Hacia 1909 se lo designa profesor titular en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, por renuncia de Keiper y es designado, asimismo, en la Universidad de La Plata. Poco después se hace cargo de la cátedra de Gnoseología y Metafísica, en ambas universidades. Hacia 1930 se jubila.

III. La formación filosófica.

Formado en la tradición de la cultura alemana, Korn frecuentó sus poetas y filósofos. Goethe, Schiller, Heine pueden ser unidos a Schopenhauer, a Kant, a Dilthey. Pero no fue unilateral; supo demorarse en las otras grandes filosofías de occidente y nos dejó penetrantes interpretaciones de Spinoza, de San Agustín, de Pascal. El lema de su "ex libris" encierra una intención definitoria: "mente latina, corazón germano". Croce, Bergson, Boutroux, configuraron para él mentes promisorias en el panorama de la filosofía más cercana; y en cuanto a Husserl, Scheler y Heidegger, los juzgó —hasta donde los pudo frecuentar— como representantes de una filosofía inbuida de tecnicismos, que aplazaban el enfrentamiento de aquellos problemas cuyo remate ha de ser la acción creadora y militante.

Aprendió en Schopenhauer la compatibilidad entre la filosofía genuina y la maestría literaria, y supo aplicar la lección a su propia obra. A su influjo alcanzó —tal vez— la conciencia de la vanidad, de la nadería de la vida. Pero la exaltó, no obstante, porque su convicción más entrañable, lo asía a la afirmación del valor último de la persona humana, entendida como justificación de sí, por la conducta que se define en la libertad, en la creación.

La filosofía de Korn, con ideas raizales que remiten a Kant y a Bergson, se historiza en la hermenéutica de Dilthey, a cuyo respecto fue una de las primeras que, en el ámbito hispanoamericano, allá por la década de los 20, alertó acerca de su importancia por la concepción histórica y psicológica-hermenéutica del rol de la filosofía en la época y en la vida de quienes la practican.

IV. Las definiciones políticas.

Quedaría incompleto el marco de referencia de sus actividades si dejáramos de mencionar su participación en las lides políticas. En variadas circunstancias de la sociedad argentina fue, alternativamente, conservador y radical, y ocupó cargos electivos. Con posterioridad a 1930, se afilió al partido socialista; pero no cabe atribuirle veleidades, a juzgar por esos cambios de orientación, en un medio cuya densidad programática en el campo político no transcendía la común coincidencia de los partidos —con sus modalidades diferenciales— en los marcos de la Constitución democrático-liberal de la Argentina, y en la inserción del país dentro del sistema económico capitalista.

El itinerario de Korn en sus posturas políticas hay que pensarlo, antes que en nexo con las fórmulas convencionales de las ideologías, si, por el contrario, como inserto en la realidad peculiar de nuestros países; menos explicable por la adhesión a determinados programas, que en concordancia con los equipos de dirigentes que se alternaban en el ejercicio del poder.

En última instancia, su actuación no es la más corriente. La sedicente prudencia que traen los años no coronó su vejez. La ancianidad, el reposo que a veces ella trae consigo, no lo apartó de la consecuencia con los deberes de la ciudadanía, y en ella escribió libros —son sus palabras— dedicados "a los compañeros en la lucha redentora"; esto es, a quienes se identificaban con los postulados del socialismo de fundamento democrático y humanístico.

Cuando las fuerzas conservadoras, en una versión ya no liberal sino próxima a las líneas del corporativismo y del fascismo, con su estilo autoritario, retoman los mecanis-

mos del poder, primero con el golpe militar del 6 de septiembre de 1930, y luego consolidando sus posiciones por el fraude electoral, Korn, desde la tribuna de la Casa del Pueblo, del partido Socialista, dicta su curso sobre Hegel y Marx, no para excluirse de las lides políticas, sino para esclarecer la mente de los jóvenes que se disponían a afrontarlas. Pero, con anterioridad a esas fechas, en 1925, denunció la crisis y puso el dedo en la llaga: "Alberdi hablaba de la creación de la riqueza, ahora es ya de pensar en su distribución equitativa".

V. La lección de los *Apuntes Filosóficos*: un pensamiento vocado a la acción.

Lo medular de la obra escrita de Alejandro Korn se contiene en los tres volúmenes de la edición de la Universidad Nacional de La Plata. Entre sus ensayos figuran allí: *La libertad creadora*, *Apuntes Filosóficos*, *Axiología*, *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, *Esquema gnoseológico*, *Nuevas Bases*. Es el caso, bien extraño, por cierto, entre nosotros, de toda una vida dedicada al cultivo de la reflexión: vivió y murió filosóficamente. Como afirmara San Agustín: "Acción espiritual, pero al fin acción, fue el destino de su vida, militante hasta la ancianidad gloriosa".

En varias oportunidades he intentado la delimitación de los alcances de su elaboración de los problemas de la sociedad y la cultura en la Argentina, con su trasfondo histórico; pero es ahora mi propósito dar un testimonio autobiográfico del encuentro con su pensamiento.

En la edición popular de Claridad, mis primeros pasos inciertos en el camino de la vocación filosófica, hallaron expresión rotunda e incisiva, de este hombre que supo ser un "maestro de saber y de conducta". El balbuceo inicial —¡tan solemne!, ¡tan lleno de timideces especulativas!, en el papel y el lápiz de la interpretación menuda, tuvo compensación (y el novato cobró ánimos), al verificar, desde el prólogo, que se le tenía una mano amiga y salvadora: "Y si este ensayo logra interesar a alguien, pase luego al estudio de obras fundamentales, hasta llegar en progresión prudente a los grandes maestros; y quienes no experimenten semejante vocación, no se alarmen, pues, precisamente, este opúsculo enseña que lo importante en la vida no son los teoremas abstractos, sino la constancia y la probidad en la acción" (Obras, I, p. 154).

Esos *Apuntes filosóficos*, tras su inocente apariencia, ¡que decantado y maduro juicio contienen!, ¡que rigor y fuerza expresiva! Se pasa de un tema a otro, con la continuidad de lo que tiene trabazón, unidad interna, sin resquicio para digresiones inútiles, ni para la erudición pedantesca. Llanamente, con el acento de una personalidad que se sabe singularizada, con el menor acopio de vocablos técnicos —salvo los de uso imprescindible—, en prosa "mechada de argentinismos", se desenvuelve un filosofar de raigambre kantiana y bergsoniana, historizado en la frecuentación de Dilthey, pero original en la síntesis, en el todo sistemático que supo lograr, para darnos prueba de "que no esclavos, señores somos de la naturaleza", que la personalidad humana arraiga en la historia y que estamos en el deber de realizarla, a una con la libertad que deviene: "Del fondo de la conciencia emerge el yo como un torso; libre la frente, libre los brazos, resuelto a libertar el resto" (Obras, I, p. 32).

En la motivación inicial del libro, descubrimos —¡y respiramos!— que nada se propone menos que revelarnos la Verdad, así con mayúscula: "Plantear problemas no es resolverlos. Ofrezco sólo el ejemplo de una posición rotunda y definida. Dueño es cada

cual de juzgarla con su criterio, de aceptar, rechazar o discutirla. Hay otras posiciones tan legítimas y respetables como la mía. La finalidad didáctica no es imponer un dogma; se limita a estimular la capacidad crítica, incitar a la meditación, ampliar el horizonte ideal y no satisfacer sino provocar la curiosidad intelectual. La filosofía no se enseña, se aprende" (Obras, I, p. 153-54).

Cuando penetramos en la zona de lo entrañablemente típico de su posición (la actitud voluntarista, su origen afirmativo), vamos despejando el camino por donde transitar en la maraña de las indecisiones y oscurecimientos de conciencia, individuales y colectivos: "Al principio fue la coerción" —subraya de modo terminante— "Reinaban la resignación sumisa, la servidumbre obtusa, cuando más la defensa instintiva de la bestia. *El hombre es el animal que se subleva contra el destino*. Al proceso histórico —sigue diciendo— lo rige la reacción de la voluntad consciente del hombre en el triple conflicto con la naturaleza, con sus semejantes y consigo mismo, movido por el propósito de realizar una finalidad inmediata o remota. La voluntad aspira a superar el obstáculo que se le opone, a emanciparse de toda limitación, a afirmarse con toda su plenitud. Todavía continuamos la obra que iniciaron nuestros antepasados. Todavía tenemos ocasión de sublevarnos cuando nos abruma la conciencia de nuestra servidumbre, nos hiere una injusticia o, la evidencia de nuestra flaqueza. El mito personifica esta voluntad en los grandes rebeldes que, como Prometeo o Fausto, desafía hasta el poder supremo" (Obras, I, p. 222).

En las íntimas experiencias de coerción y libertad, advertimos que "el grado de libertad adquirida es la medida de la dignidad personal". Pero también resuena en Korn, la sabia prudencia de los místicos: "Las trabas más estrechas las llevamos por dentro". No obstante —y aquí nos recobramos, aquí nos enfrentamos con el mundo— "la angustia de la vida, sostiene, es un hecho real que plantea ante todo problemas empíricos y no metafísicos. Obliga a la acción" (Obras, I, p. 230).

El hombre dramáticamente angustiado, tiene que reconocer en su irremediable finitud: "Ni el secreto del cosmos ni el secreto del alma se nos entregan. En lugar de soluciones se nos ofrecen problemas; la duda es nuestro patrimonio intelectual (Obras I, p. 232).

Korn enseña que el nudo gordiano de los irremediables dilemas, se corta por la acción; pero entonces, lo concreto la inmediatez de lo real, se yergue como un obstáculo, que constriñe y limita: llega la hora de aprender —insistimos— que la existencia es una conquista cotidiana. Aunque "no hemos solicitado el don de la existencia", hay que seguir en la huella y afrontar responsabilidades desde el momento que aceptamos la vida, que esto si se sujeta a nuestro arbitrio. Aún reconociendo que no nos queda más alternativa que elegir nuestro puesto en la contienda, no siempre hemos de obedecer al animal que hay en nosotros, ni tolerar la afirmación gatuna de la vida a todo trance: pongámosla a valores más altos.

En la acción que se nos impone —porque de ella no podemos prescindir—; en esta encrucijada en que "dejar de hacer resulta tan heroico como hacer", Korn proclama entusiastamente, que la libertad es consustancial a nuestras vidas, incluso, que corresponde arriesgar la vida por nuestra libertad: "Al principio fue la acción. No al principio de las cosas, sino al principio de la redención humana. Por la acción la especie ha forjado su cultura, técnica, humana y espiritual; por la cultura persigue su emancipación de toda servidumbre. La cultura es la obra de la voluntad; la voluntad quiere la libertad. Que sea LIBERTAD CREADORA" (Obras, I, p. 234).